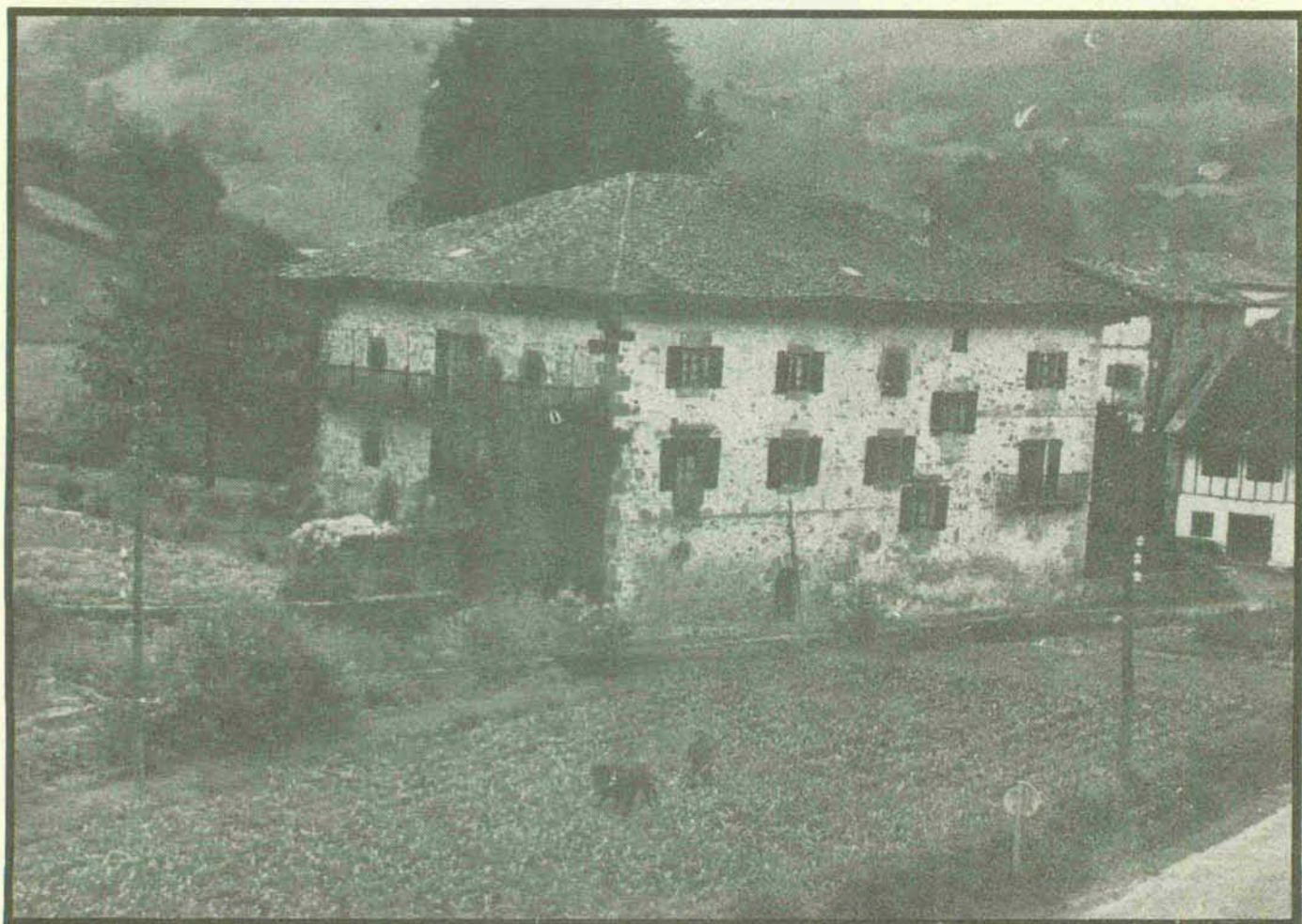


Mi Tío Pío Baroja

Julio Caro Baroja



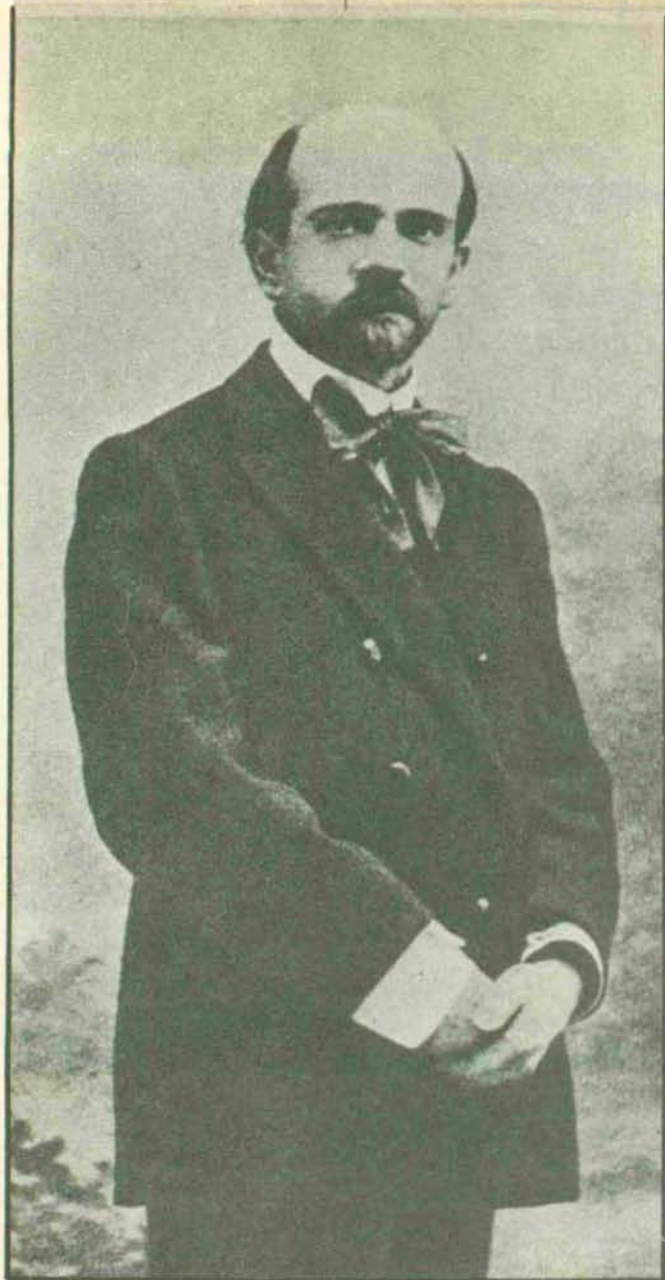
La casa de los Baroja, en Vera de Bidasoa.

QUE el tiempo vitalmente considerado es algo distinto al tiempo matemático, medido con diferentes artefactos y convenciones, es algo que cualquier persona experimenta, aunque no lo sepa expresar. Los astrónomos pueden especular sobre millones de años luz y otras cosas por el estilo. Pero el hombre común y corriente no sabe aún cómo medir el tiempo de su vida. Y a mí me pasa esto igual que a cada hijo de vecino, aunque acaso con mayor conciencia de que me pasa. Ahora, a punto de cumplir sesenta y siete años, va a hacer un cuarto de siglo que murió mi tío, Pío Baroja.

Cuatro retratos de un hombre



Interior de la casa de D. Pío, en Vera de Bidasoa.



Pio Baroja, joven.

I

Tenia yo entonces cuarenta y dos. Descompongo mi vida así: 21+21+25. ¡Pero qué diferencia en la intensidad y si se quiere entre la sensación de “duración” que doy a los dos veintiunos primeros y la que asigno al veinticinco último!

De 1914 a 1935 me parece que pasó un tiempo larguísimo, misterioso, lleno de experiencias raras y enigmáticas. De 1935 a 1956 otro en conjunto dramático, desagradable, pero más corto. Y de 1956 a 1981 otro que, siendo el más largo matemáticamente, me ha parecido más breve, fugaz y más banal. La vida en vez de cargarse de contenido se me ha trivializado. No siento la gravedad de la vejez, si no es como podría concebirla lord Chesterfield al sostener que la gravedad es el signo más claro de la impostura. No me siento “barba” de comedia antigua. Pienso que lo más exacto que puede uno decir al morirse de la última parte de la vida es esto: —¡Pché!

Esto me pasa a mí. Ahora quisiera trasladar la experiencia propia a lo que sé de la vida de mi tío. Porque creo también que su vida, más larga que la mía (que no deseo que se prolongue hasta la edad a la que el llegó), también podría dividirse de forma parecida, de esta suerte: 21+21+21+21. Jeroglífico para biógrafos, críticos y exegetas. Cuatro



Exterior de la casa de Pio Baroja en Vera.

tiempos vitales muy distintos, en contradicción con las pretensiones de los biógrafos que quieren hacer "retratos" de artistas o de otras clases de gentes como si hubieran sido **los mismos** a los veintiséis que a los setenta y seis años; biógrafos que van en contra también de la sabia praxis de los pintores. Porque Velázquez no pintó a la "Venus del espejo" cuando esta dama era sesentona, sino en una muy apetecible juventud, distinta en todo a su vejez, que ignoramos. Así yo veo en mi tío cuatro personas en cuatro tiempos. De los dos primeros puedo hablar por referencias. De los dos segundos, según mi experiencia y mi recuerdo.

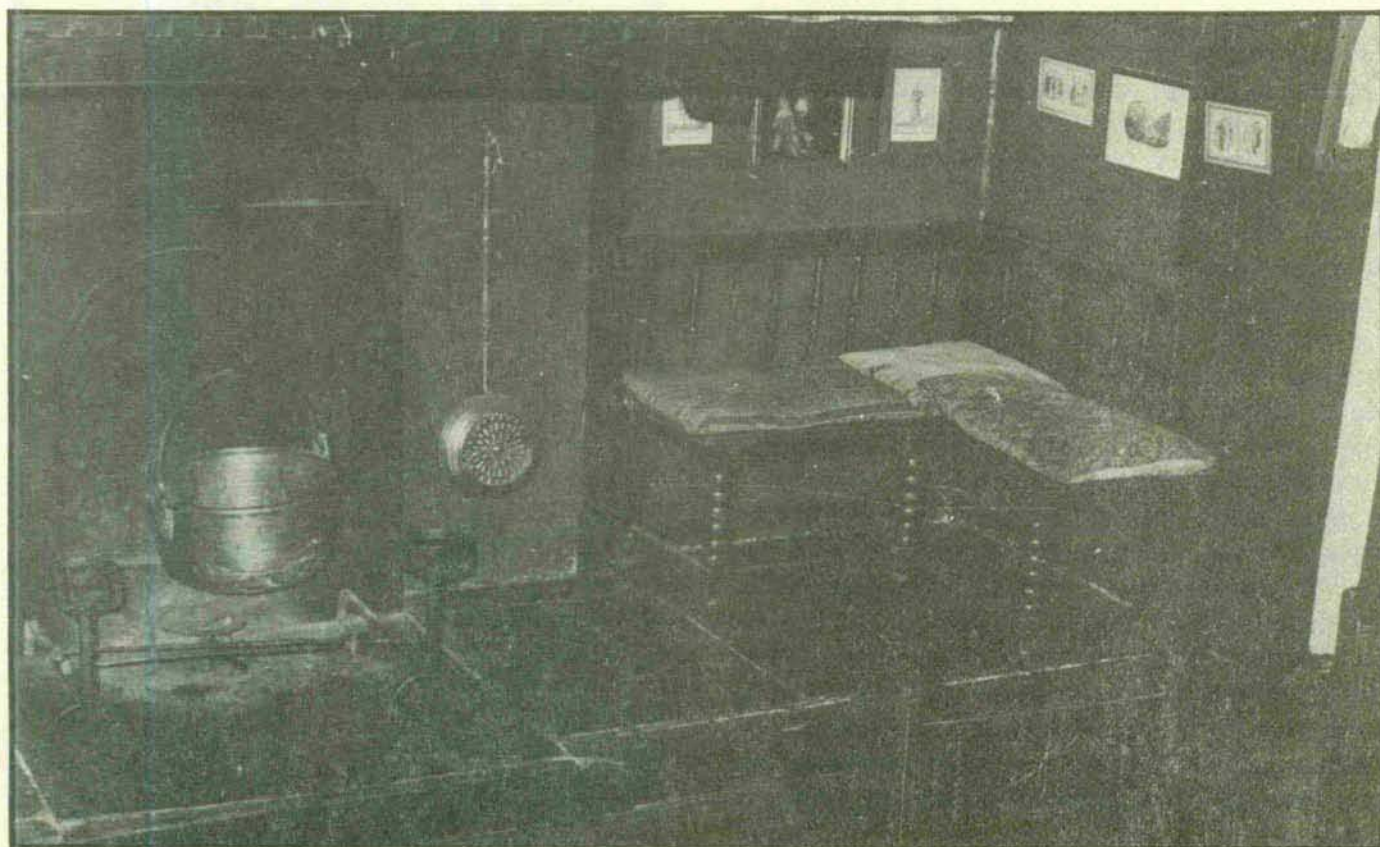
II

1872-1893. Infancia, adolescencia, primera juventud. Tres épocas cortas, decisivas, turbulentas primero, angustiosas y dolorosas después. Un niño considerado torpe, un adolescente rebelde, un joven crítico y poco simpático a profesores y otras gentes respetables. Cambios continuos de residencia, grandes contrastes entre ciudades como Pamplona, San Sebastián, Valencia y Madrid. Vida

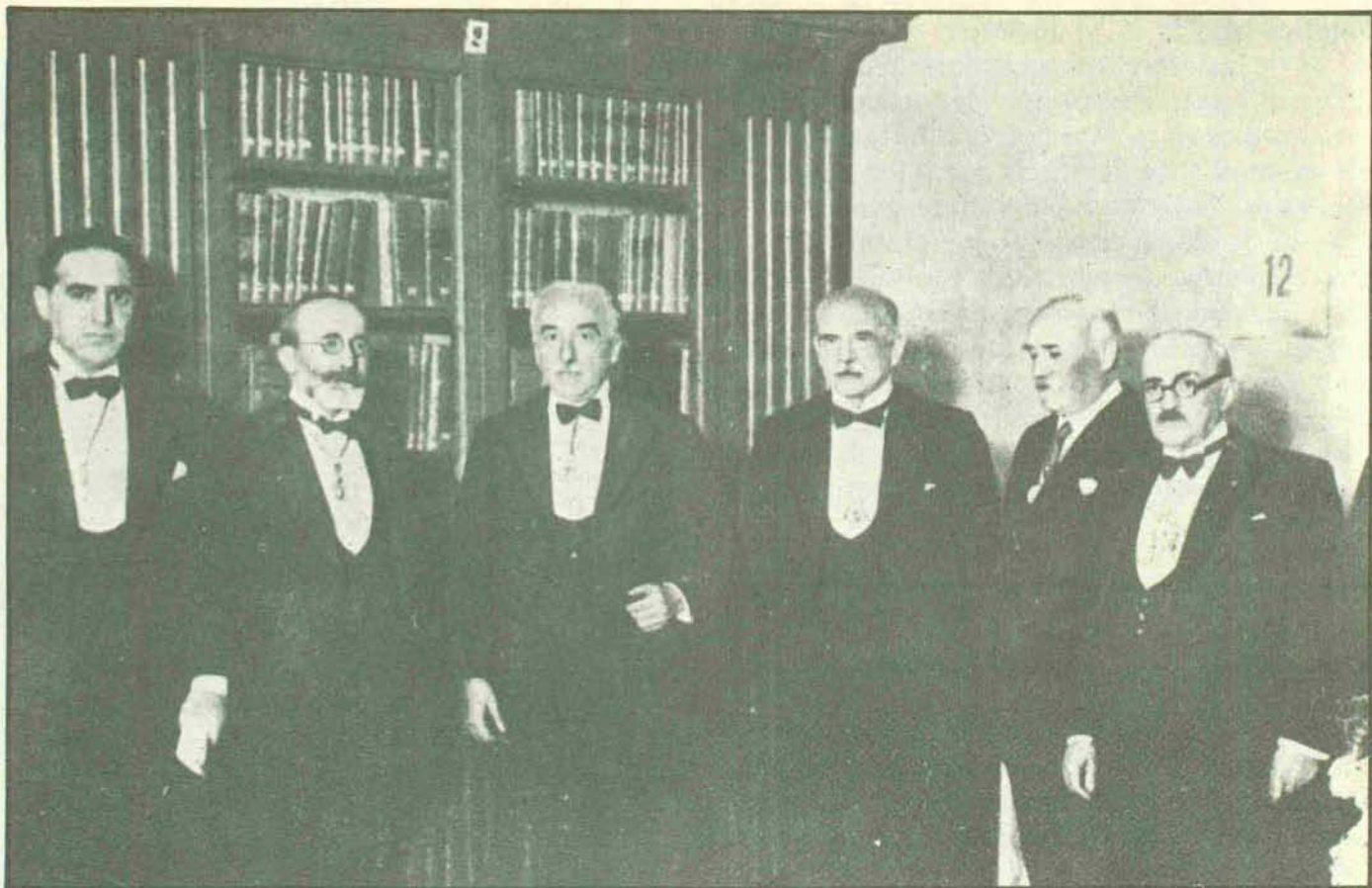
PÍO BAROJA



Pío Baroja con su madre y su sobrino Julio Caro (autor de este trabajo).

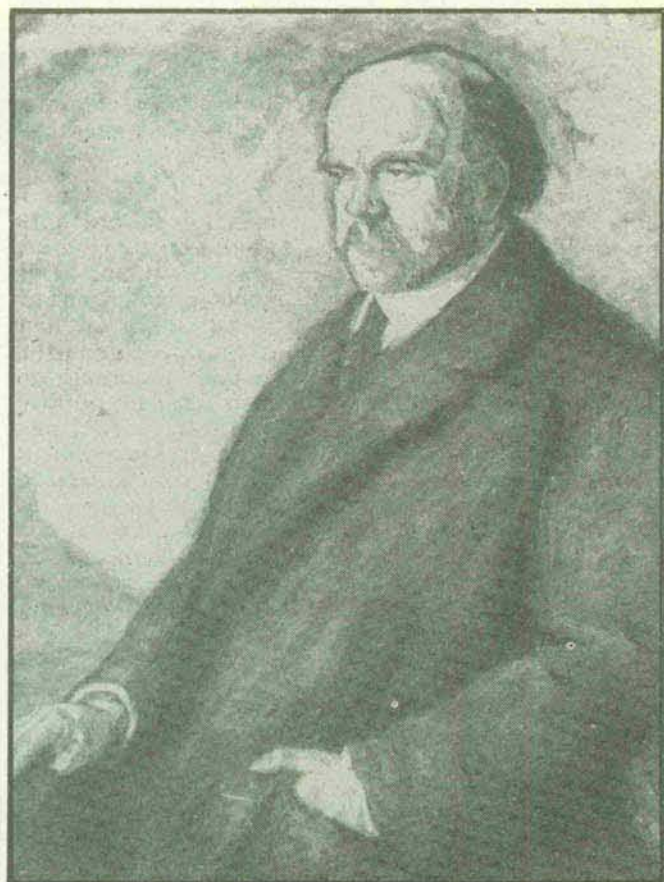


Un rincón de la casa de Pío Baroja.



Reunión de miembros de la Academia de la Lengua. De izquierda a derecha: Marañón, Menéndez Pidal, el presidente de la República Alcalá-Zamora, Pío Baroja, Royo-Villanova y Cotarelo.

estrecha, pero animada por una familia interesante: un padre con lecturas superiores a las que por lo común se pueden atribuir a un ingeniero vasco, con aficiones artísticas y literarias, cierta tendencia a la bohemia y a la extravagancia y un anticlericalismo poco a tono con el medio en que tenía que desenvolverse. Una madre austera, poco optimista, que consideraba ya de joven que la vida hay que "aguantarla". Pío, como sus hermanos, no pensaba esto. Eran rebeldes, sin el optimismo bohemio del padre, ni la resignación de la madre. Por lo que yo he hablado con Pío mismo, con Ricardo y con su hermana, es decir, mi propia madre, estos años decimonónicos de la vida de los míos estuvieron tan cargados de experiencias y sucesos que no puede compararse su intensidad con la de los de después. Son años "ahistóricos", "amorfos", cambiantes, sin línea. Los niños y los adolescentes son proteicos. Más cuanto más cambian los ámbitos en que viven. Sólo los pedagogos pueden creer que con sus pruebas son capaces de determinar cuál es la forma y cantidad de su inteligencia, de su sentido ético, artístico, etc. ¡Así vamos como vamos!



Don Pío Baroja, por Juan de Echevarría.

**EL HORROROSO CRIMEN
DE PEÑARANDA
DEL CAMPO**

de **PIO BAROJA**

POR **TEATRO LIBRE**

HORARIO	MIERCOLES, JUEVES Y VIERNES.....	10 ³⁰
	SABADOS.....	7 ³⁰ Y 10 ³⁰
	DOMINGOS.....	10 ³⁰

PRECIOS ESPECIALES A COLEGIOS O GRUPOS

Cartel anunciador de una obra de Baroja, representada por Teatro Libre, en el Centro Cultural "La Corrala", de Madrid.

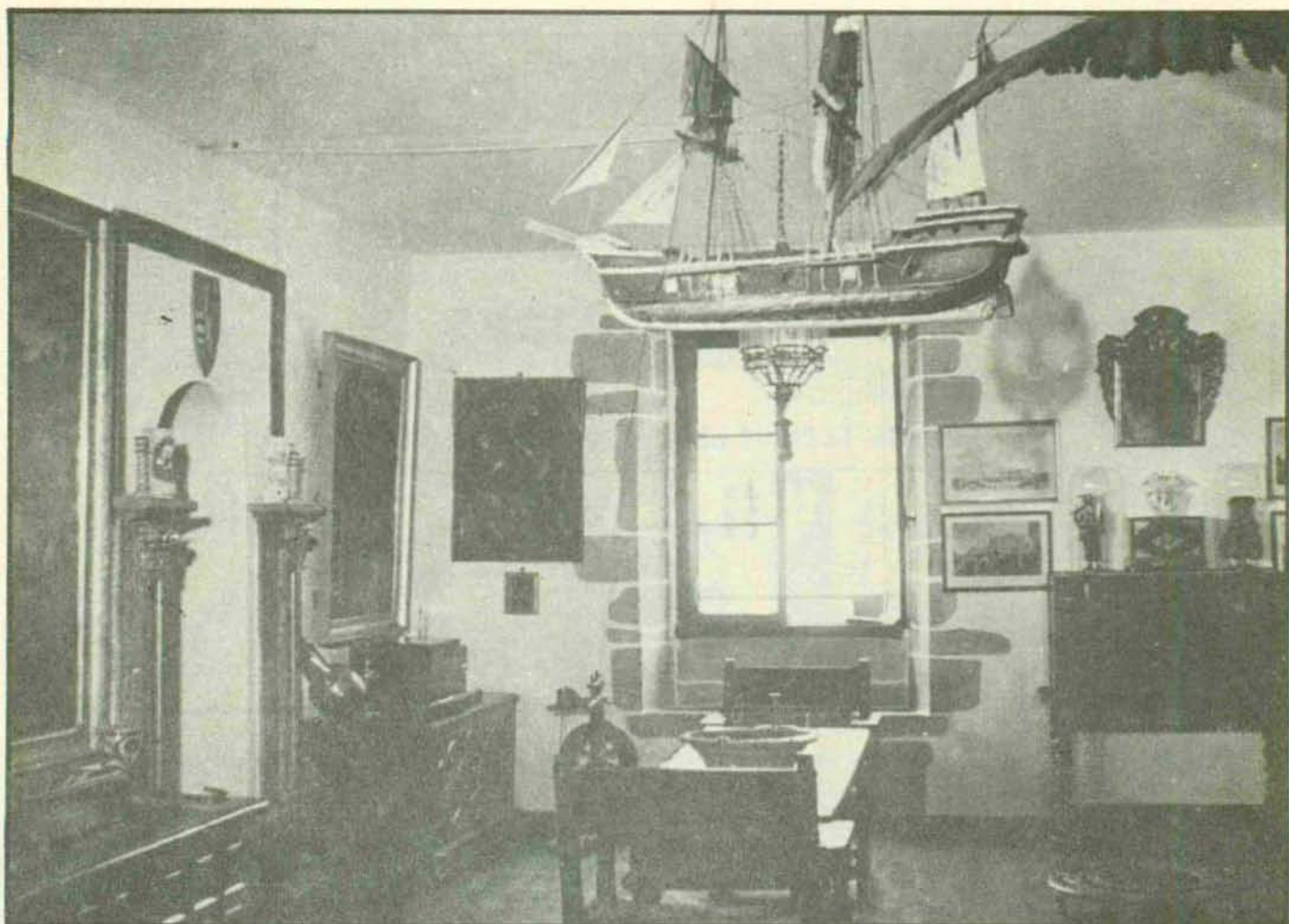
Según las respetables previsiones de sus maestros, Pío Baroja era un niño de tercera. ¿Pero sabía él mismo lo que llevaba dentro? No, con seguridad. La imagen que yo me he formado de él con respecto a aquella época es la de un niño o un adolescente un poco "a la moderna". Es decir, un niño y un adolescente poco cómodo para sus padres, parientes y allegados. Lo que pasa es que a esta falta de agrado debía unir algo más que no tienen la generalidad de los incómodos niños modernos: imaginación, capacidad de soñar en la soledad y valentía ante el propio yo. Ahora los adolescentes procuran ser molestos en común, formando grupos y no quieren verse solos.

Pensando en mi propia experiencia, creo también que los días que pasó mi tío en la soledad fueron mucho más intensos, densos y con una sensación de **duración** vital más larga que aquellos que pasó en compañía de otros niños y adolescentes. La vida en común de colegios y barriadas parece cosa corta, fugaz, de poco contenido, al lado de la vida solitaria.

Los veintiún años primeros de la vida de Pío Baroja le dieron, así, materia para recordar y pensar hasta el final de su vida, cosa que no le ocurrió con la tanda de los cuarenta y dos últimos.



Baroja en compañía de Arturo Ruiz-Castillo, este último llevaría al cine "Las inquietudes de Shanti-Andía", una de las obras más populares de D. Pío.



Una de las salas de la casa de D. Pio, en Vera.



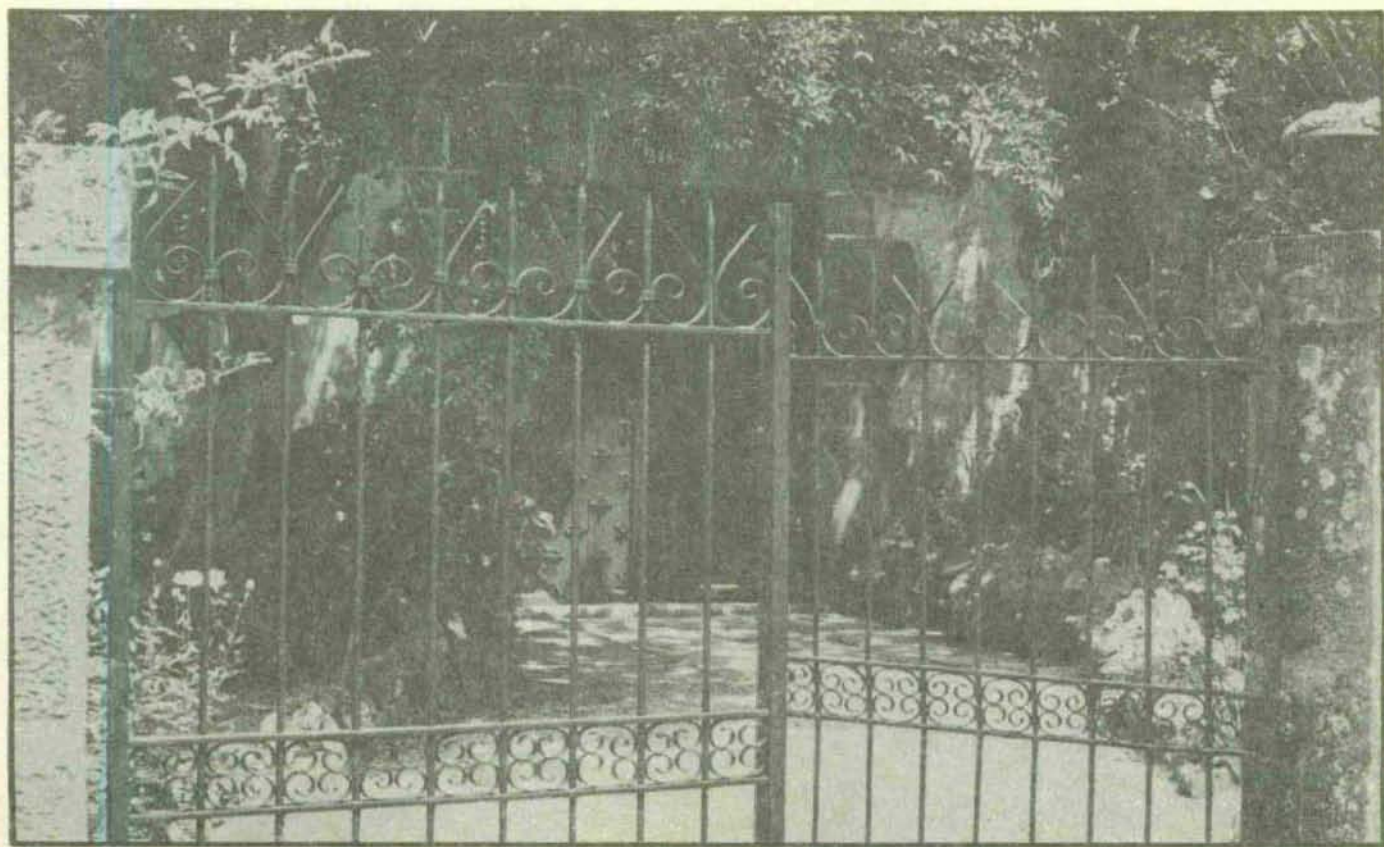
El editor Lara entregando a Pío Baroja dinero por los derechos de un libro que le editó.



Pío Baroja en la década de los cuarenta.

III

1894-1915. ¿Y los inmediatos? Los años finales del siglo XIX y los primeros del XX fueron para Pío Baroja los del gran tránsito. De un joven desconocido a los veinticinco años pasó a ser un escritor famoso con poco más de treinta. Pero a costa de muchos esfuerzos, de muchas experiencias y de no pocos dolores. Puede decirse también que a los cuarenta y dos años, al término de este segundo periodo, había escrito ya las obras que le han dado mayor fama, había probado casi todos los géneros que constituyen el mundo barojiano: novela madrileña, novela vasca, novela marítima, histórica, filosófica, de viajes. También se había distinguido como articulista y había sido bastante traducido. Esto se ve claramente en cualquier biografía. La vida interior del profesional dedicado a su Arte fue muy intensa: pero muy distinta a la de los años anteriores. Baroja renunció a la Medicina, tuvo que sostener a regañadientes una industria, vivió entre literatos y artistas y pasó por las redacciones de periódicos importantes. Incluso buceó en el mar político. Pero fue haciéndose más solitario, errabun-



La verja de entrada de la casa de los Baroja, en Vera.

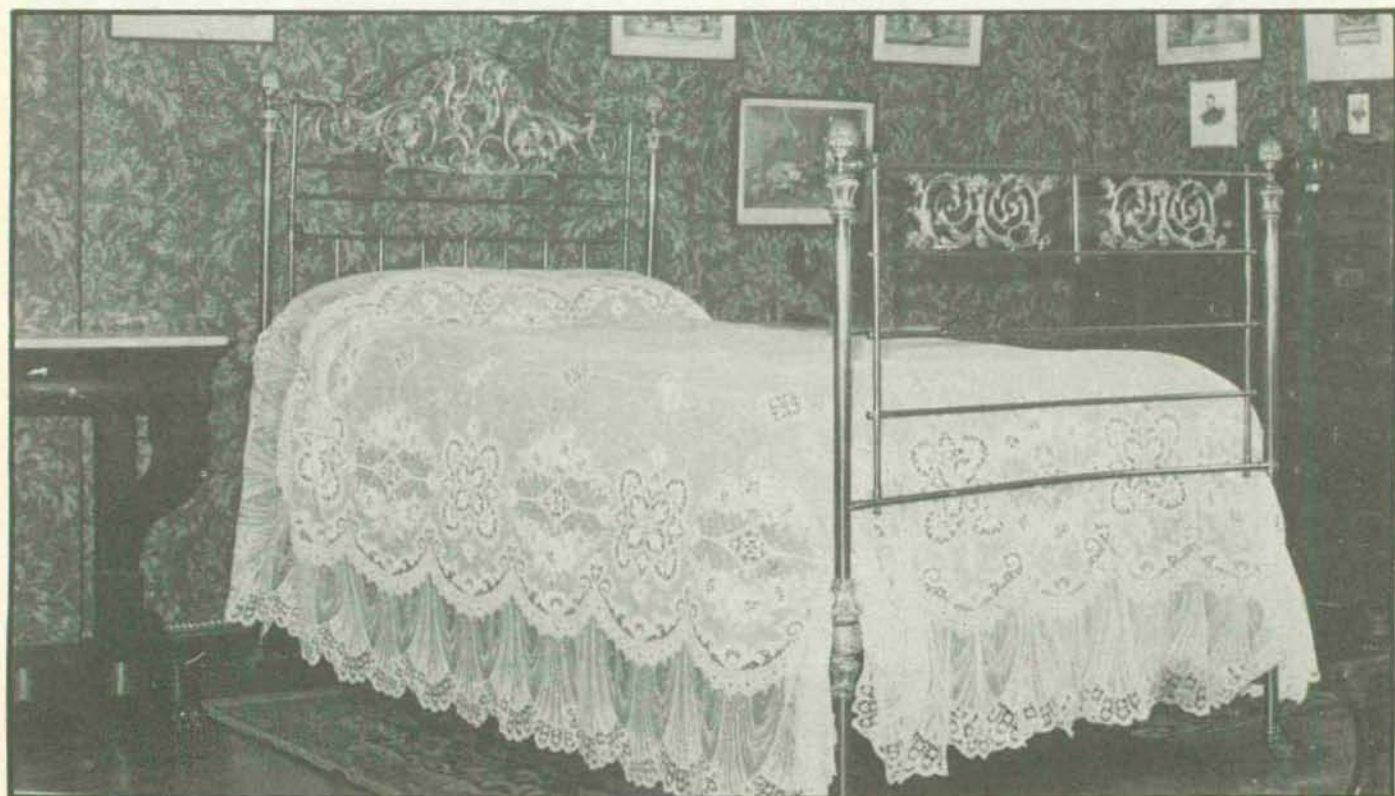


Pío Baroja en sus últimos años.

de, viajero versátil y, al fin, necesitó quietud, reposo, un ancho espacio donde meditar. Renunció a toda idea de tipo juvenil, de modo que parece prematuro. Con esta renuncia obtuvo algo que casi ningún escritor obtiene: serenidad y tranquilidad de ánimo, que no le abandonaron ya durante el resto de su vida.

Esto no quiere decir que dejara de ser combativo e incisivo. Lo que ocurrió es que al escritor, algo con propósito polémico, siempre dejaba traslucir cierto humor y acaso esto exasperaba más. Baroja no se aisló del todo; pero desde 1912 vivía gran parte del año en Vera de Bidasoa, con su madre, y acaso allí "Las horas solitarias" fueron también **horas más largas** que las pasadas entre la bohemia madrileña: horas que le fueron distanciando más y más del mundo circundante.

Cuando yo nací, mi tío Pío tenía alrededor de cuarenta y dos años. Cuando empiezo a recordarle, allá hacia 1918, se consideraba un hombre viejo y aún no había llegado a la cincuentena. Por entonces sufrió la mayor crisis de salud de toda su vida, y en 1920 estuvo a punto de morir. Pero después, hasta que empezó la guerra civil, fue uno de los seres más robustos que he conocido: un hombre que, por otra parte, nada tenía que ver con la imagen violenta, agresiva y malhumo-



El dormitorio del escritor en su refugio de Vera de Bidasoa.

rada que corre por ahí y que acaso, en parte, sólo en parte, podría corresponder a su primera juventud.

La primera imagen que tengo de él es la de un casi cincuentón de estatura media, corpulento, con grandes manos, una cabeza potente, inmensa calva, barba corta rojiza, cobriza, labios rojos, nariz gruesa y ojos claros, medio sorprendidos, medio irónicos. Una cara que en Madrid desconcertaba. Cuando Fernando de los Ríos vio la de Lenin frente a frente, le recordó la cara de mi tío Pio. Pero creo que la expresión de éste era mucho más suave: tenía la suavidad que da la falta de fe.

Pio Baroja andaba de aquí a allá encorvado, curioso, atento a lo que hacían las gentes alrededor, con una capacidad para dialogar con los más humildes que a veces sorprendía e irritaba: porque esta capacidad no la tenía con personas encopetadas e importantes. Por un lado, era el más democrático de los hombres, porque con el pueblo se encontraba a gusto. Pero, por otro, podía parecer el más antidemócrata, porque tanto a ministros, subsecretarios, diputados, alcaldes y concejales como a jefes de izquierda o de derecha, "representantes del pueblo", en fin, le causaban más bien aversión que otra cosa. Aversión porque la experiencia le hacía suponer que, en general, eran gentes aburridas.

Lo peor que podía decir de alguien era: —Ese es un tío lata—. Y los tios latas parece que, según él, abundaban en la "clase política", como se dice ahora.

De 1925 a 1935 Pio Baroja vivió pendiente de la salud de su madre, cada día más precaria. Se aisló más y no participó ni a favor ni en contra de los movimientos políticos y culturales que excitaban a la juventud. Yo —por ejemplo— no le he oído decir nunca una palabra de los poetas de la llamada generación del 27. Sí, algo, de los prosistas. Más de los pintores modernistas, aunque ya entonces empezó a dominarle una tendencia bastante "tolstoiana" adversa al excesivo esteticismo. Con respecto a los filósofos y científicos del momento tampoco era muy entusiasta. El vicio mayor que encontraba en los que estaban más a la moda era siempre el mismo: "Palabrería".

Pero de repente la bestialidad de la vida se le echó encima. En 1935 moría su madre. En 1936 empezaba la guerra civil, y así puede decirse que acabó trágicamente el tercer cuarto del existir a que me referí antes.



Pio Baroja "en su rincón".

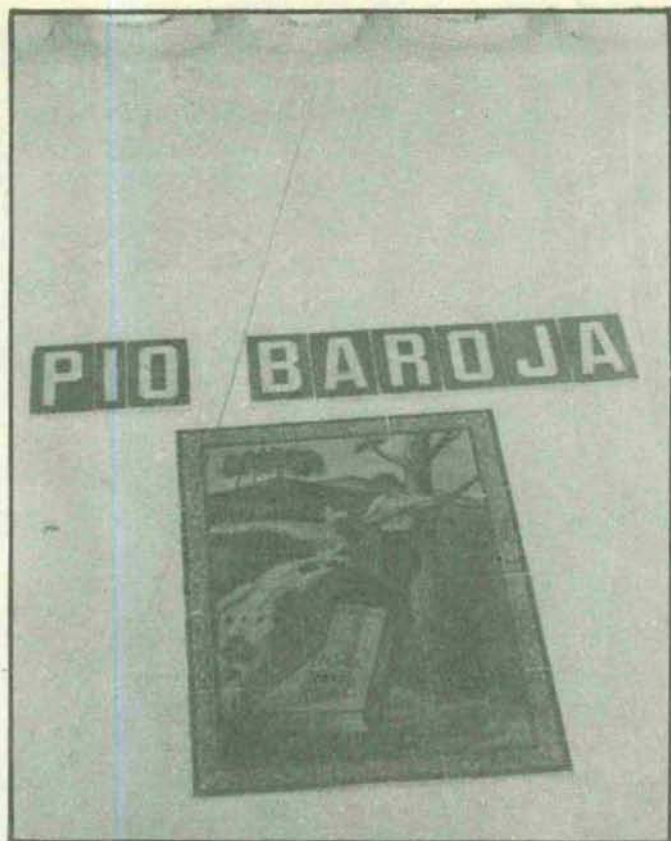
IV

El último, el que vivió de 1936 a 1956, fue siniestro al principio. Luego mediocre. Pero la mediocridad compartida con los de casa la sobrellevó serenamente y, al final, puede decirse que tuvo, por suerte para él, una especie de jovialidad senil, acaso debida a la misma arteriosclerosis. Una jovialidad que sorprendía a algunos visitantes cuando iban a ver al ogro legendario.

Hay un personaje dickensiano que aparece en "Martin Chuzzlewit" y que se caracterizaba por su tendencia a la jovialidad: que pensaba también en lo meritorio de ser jovial en los medios y ambientes menos adecuados para sostenerse en aquella situación de ánimo. Mi tío, al borde de los ochenta, era jovial en un medio en el que, en efecto, había que tener mucho "mérito" para serlo. Porque el cupo de vinagre nacional había aumentado y se administraba con estupenda generosidad.



Entierro de Pío Baroja. Era el 31 de octubre de 1956.

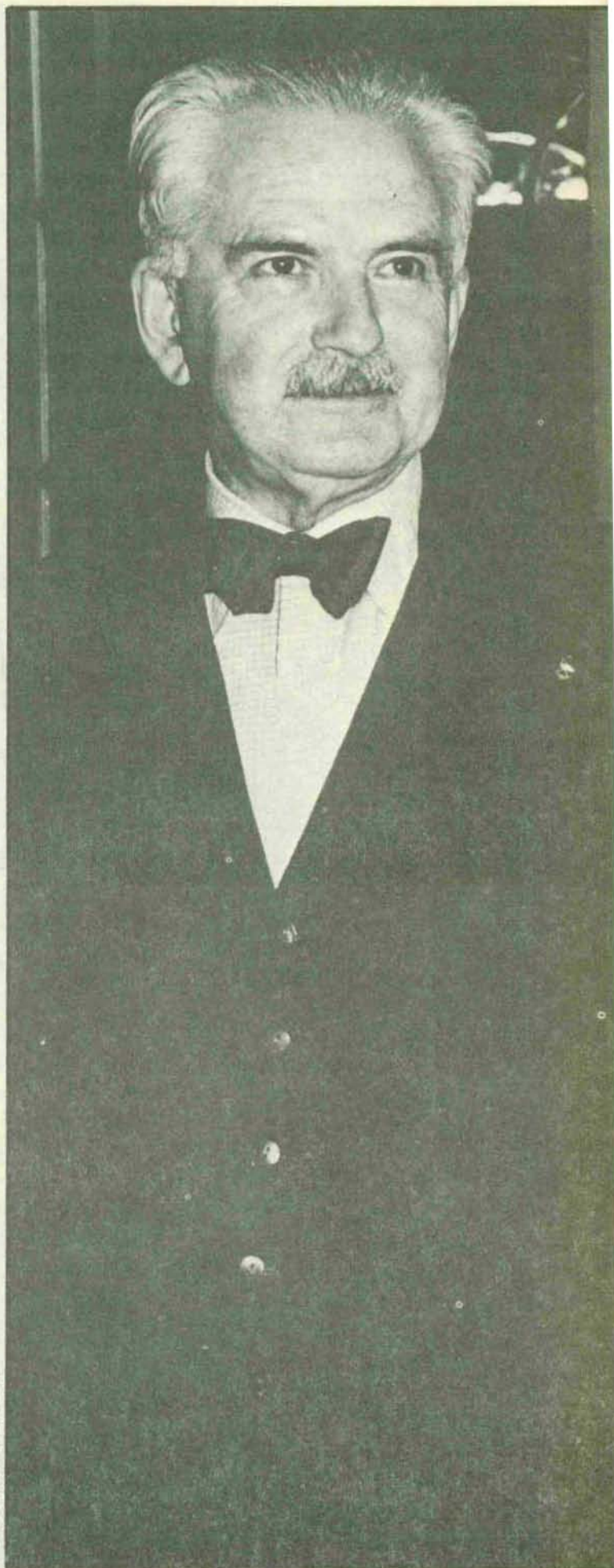


Pío Baroja, el nombre de una calle... Un camino a seguir a través de sus libros y también un claro ejemplo de honestidad intelectual.

“Desde la última vuelta del camino”, Pío Baroja escribió sus memorias. Leyéndolas se ve claro que los cuatro tiempos de su vida, iguales matemáticamente, fueron completamente distintos para él en el recuerdo y en la consideración de su importancia. Importancia y recuerdos van disminuyendo de modo progresivo. De 1882, 1892, 1902, Pío Baroja recordaba al dedillo todo cincuenta o sesenta años después. De 1902 a 1936 recordaba mucho menos. Y de la guerra y de lo que vivió después, muy poco, y esto sin cargarlo de demasiada importancia.

Poco antes de morir, con la conciencia ya confusa, podía sobresaltarse ante la posibilidad de tenerse que examinar en San Carlos con don Benito Hernando o Letamendi. Pero el amago de fusilamiento de 1936 o los desastres que vio en Francia en 1939 o las miserias de la posguerra no quedaban reflejadas en sus angustias. En suma, veo por su caso (también por otros) que cuanto más se prolonga la vida menos intensidad tiene. Que la niñez y la adolescencia son la clave.

¿Piensan en esto los críticos y los biógrafos que cuentan las vidas de sus héroes como algo con una dirección clara hacia un fin, como una marcha ascendente para llegar a la cumbre? ■ J. C. B.



(Foto: Ramón Rodríguez.)

“No siento la gravedad de la vejez...” (Julio Caro Baroja).